



## Susan Troche

# Mujer, rural, asalariada y militante

Autor: Sandro Pereyra.

### Virginia Rossi

Ing. Agr., Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Agronomía (EEMAC), Universidad de la República.

[virossi@fagro.edu.uy](mailto:virossi@fagro.edu.uy)

### Susan Troche

Asalariada rural de Bella Unión, departamento de Artigas.

## 1- ME CRIE EN EL CAMPO, EN VILLA QUEBRACHO

Soy quebrachense, nacida y criada en Villa Quebracho, Paysandú, la séptima en una familia de diecisiete hermanos.

Mi padre era argentino, nacido en la localidad de 25 de Mayo, Provincia de Buenos Aires, y de jovencito se vino a trabajar a la ciudad de Paysandú a la tienda de un tío suyo. Porque a los 18 años allá había que hacer la "colimba"<sup>1</sup>, él no quería hacerla y un día antes de cumplir la mayoría de edad, se vino al Uruguay. Allí en esa ciudad se conocieron y casaron con mi madre. Eran otros tiempos, mis abuelos paternos siguieron viviendo en Argentina. A mi abuelo lo conocí cuando tenía cinco o seis años, él vino a vernos. La abuela se apareció por Quebracho buscando a mi padre cuando yo tenía 13; hacía 40 años que no lo veía.

Mi madre era quebrachense como yo, aunque debido a su situación como huérfana de padre, se terminó de

*Las cosas materiales no te hacen feliz, es una gran mentira que el ser humano tiene en la cabeza*

criar en otra familia en la ciudad de Paysandú. Por eso de adolescente mi madre vivió en Paysandú y allí es donde conoció a mi padre. La de mi madre es una historia que nosotros fuimos descubriendo de a poco, ya grandecitos, no era un asunto del que se hablara en la casa. Resulta que ese abuelo materno, su padre biológico, había matado a otra persona en un reto a duelo. Por eso fue preso y pierde conexión con la familia. Pero ella llevaba su apellido porque vino con custodia de la cárcel y la reconoció en el registro, donde fue anotada como hija de "madre desconocida", así se usaba antes. Luego mi abuela se casa con un señor oriundo de Salto. Y como mi madre tenía ese estigma de ser hija de un asesino, la envían (aún niña) a una familia conocida de Paysandú vinculada al teatro, "como compañía" de una señora mayor. A los pocos años, al salir de la cárcel por buena conducta, ese abuelo volvió por la Villa y al descubrir que la abuela tenía otra familia, nunca más volvió. Así es que, aunque llevó su apellido, mi madre nunca lo llegó a conocer. Lo cierto es que, sin conocerla, muchos años después la citaron a mi madre en un juzgado a decirle que la habían nombrado su única heredera. Yo la acompañé. Él había muerto y lo que hubiera querido mi madre era conocerlo, por lo que se negó a recibir bienes de

1) Instrucción militar obligatoria para los varones mayores entre los 18 y 21 años en Argentina desde 1901 hasta 1994.

él. Lo que sí mantuvimos fue nuestro vínculo con la familia de la abuela materna en Quebracho y los otros hermanos que mi madre tuvo.

Mis padres cuando se casan se van de la ciudad de Paysandú, para instalarse en las afueras de Villa Quebracho, bajando para el Barrio El Parque, donde terminaba el pueblo y ya era campo. Mi padre prefería no ser empleado, nos decía que eso no daba ningún dividendo. Quería tener siempre su propio negocio, para poder hacer algún ahorro y manejarse independiente. Ellos hacen una casa de material, en dos terrenos. Mi madre tenía un hijo por año. Todos nacidos con partera y en la casa. Papá era quien nos cortaba el ombligo, ataba el cordón y nos bañaba. Así nacimos diecisiete hermanos, aunque ella tuvo veintiún embarazos. Algunos los perdió, el último a los 46 años. Algunas veces mandaban buscar al Dr. Cajarville<sup>2</sup> (el médico del pueblo), cuando mamá entraba en trabajo de parto, para ver si todo venía bien, pero después se iba. Sino también venía después, a controlar. Pero, así y todo, aunque estuviera embarazada, igual mi mamá agarró trabajo afuera durante años, como cocinera de la Escuela No. 23 de Villa Quebracho. Ella decía que conmigo trabajó hasta el día anterior al de yo nacer. Ese trabajo en la escuela, por mucho tiempo, luego “lo heredó” Zulma, una

2) El Doctor Diovel Cajarville (1938-1997), oriundo de Lavalleja, se inició como médico rural en la zona de las colonias de Quebracho y luego tuvo una reconocida trayectoria en el pueblo por su comprometida labor como filántropo comprometido con múltiples causas del pueblo (1967-1997), motivo por el cual hoy una de las calles lleva su nombre.



Susan Troche.

de mis hermanas.

A pesar de que éramos un montón y todos en la casa trabajaban, siempre fuimos como de “clase media”, porque papá tenía siempre algún negocio. Además de trabajar en la tienda con el tío, en Paysandú había aprendido varios oficios, era talabartero, soldador y mecánico. En algún período, tuvo un taller mecánico en la Villa. Recuerdo de esa época que papá no cobraba por arreglarle los vehículos ni al médico del pueblo, ni a la ambulancia, ni a los bomberos. También con mis hermanos tuvimos un horno para hacer ladrillos. Además, teníamos una quinta muy grande en la que se plantaban todas las verduras. Allí todos mis hermanos trabajaban y nunca faltaban papas, zapallos y todo lo que se comía en la familia. Mi padre armaba los calendarios con la luna, todo se hacía con abono orgánico sin ningún químico y se regaba bombeando agua a mano. Por eso también salían a vender las verduras con unos canastos enormes. En casa de mis padres, incluso había animales y mi papá carneaba con mis hermanos, porque tenía licencia de abastecedor y podía ir a los remates de ganado. Por eso en algún período también tuvimos carnicería, vinculada a un almacén que sobre todo atendía mi madre y ahí entregaba los pedidos de carne que mi padre le dejaba preparados.

La dinámica familiar con los hermanos, aunque salieran a hacer alguna changa, era la siguiente: los varones siempre trabajaban en algo con papá, porque había un montón de cosas para hacer; y las mujeres cuidábamos a los más chicos y hacíamos todas las cosas dentro de la casa. Porque a los hermanos más chicos había que bañarlos y cuidarlos. Y aunque todo estaba cerca, había que llevarlos a la escuela, o al médico, ya sea a vacunar o cuando uno se enfermaba, había que llevarlos hasta la policlínica. Y así todos, al menos los más grandes, fuimos dejando de ir a la escuela para empezar a trabajar en alguna cosa y tener nuestro propio dinero.

Quizás por eso no teníamos completa la enseñanza primaria. En mi caso la terminé mucho después, ya siendo adulta. Porque después de dejar la escuela, de los once a los catorce años trabajé como doméstica haciendo limpieza en un establecimiento cercano, donde me quedaba a dormir entre semana, a 4 km de la Villa. Luego trabajé en el pueblo en casa de una maestra. Así es que desde entonces ya tuve mi propio dinero. Desde los trece años, mi madre me envió a un taller de labores que había en la parroquia, donde pude aprender muchas cosas. Allí estaba la obra del Padre Juan Zordán<sup>3</sup>, quien no solo me bautizó y me dio la primera comunión, también luego me casó y llegó a bautizar a mi primera hija. Fui la única de las hermanas

3) El P. Juan Zordán (1926-2016) llegó a la Parroquia de Villa Quebracho en 1963 y en 1965 creó la Escuela Taller San José, que funcionó como escuela artesanal. Entre otros oficios, en ella se enseñó tejido, corte y confección, cocina, bordado a mano y a máquina, crochet, trabajos en madera, cuero, cobre torneado en la madera, dibujo, fabricación de escobas y bloques de hormigón. También fue impulsor del Festival “Cantando al Calor del Fogón” (1973) y del Centro de Promoción Humana de Villa Quebracho (1987).

que quise ir a la escuela taller y tomé todos los cursos que pude: aprendí costura, a bordar a mano y a tejer, todas las labores que se enseñaban allí. En ese tiempo, ni bien terminaba de limpiar la cocina en el establecimiento, salía disparando a caballo al taller de la parroquia, para llegar a las dos de la tarde. Dejaba el caballo atado atrás de la parroquia hasta las cinco, y antes de volverme pasaba por el bajo a saludar a mi madre y mis hermanos, antes de pegar la vuelta al lugar donde trabajaba. Después, ya con quince años, tomé un curso de peluquería. Y le cortaba el pelo “a tijera” a mis nueve hermanos varones. Había que hacerlo muy bien y tenía que quedar bien cortito, como si fuera corte a máquina, porque en casa no había luz. Mi padre veía que ese oficio podía serme útil porque en Quebracho no había peluquerías, y lo hacía muy bien.

Pero también eran tiempos de la dictadura, y mi padre era muy severo. No nos dejaba estar a ninguno fuera de la casa sin un propósito, “Nada de andar vagando por ahí”, nos decía. Ni a los varones ni a las mujeres. Porque temía que fuéramos por mal camino, o presos directamente. Mis hermanos mayores también hacían changas en estancias de la zona, pero nosotras en general, trabajábamos dentro de la casa, en trabajos que llegaran “hasta el portón de casa”. No salíamos sino era a una limpieza, o a un trabajo concreto. Pero cuando ellos salían a trabajar afuera nos hacían propaganda, porque nosotras lavábamos y planchábamos ropa para otros peones que trabajaban allí con ellos. Entonces con quince años, yo lavaba y planchaba esos atados de ropa que me traían a casa, también cortaba el pelo, cosía, bordaba a mano, hacía manteles caladitos con vainillas y tejía para afuera. De una forma u otra, siempre trabajé y desde muy jovencita tuve mi propia plata.

Y fue así como conocí a mi marido, ¡lavándole y planchándole la ropa! Él es originario de Tierras Coloradas, anotado en Chapiçuy y criado en Soto, pero estaba asalariado donde hacían changas mis hermanos, en el establecimiento de Martín Algorta, pegado al pueblo. Nos comprometimos enseguida, a los seis meses. Y desde allí fuimos comprando y acumulando cosas para casarnos; por eso estuvimos dos años y medio de novios. Y aunque yo era la séptima y tenía una hermana cinco años mayor aún soltera, fui la primera en casarme e irme de la casa, yo con 17 (casi 18) y él 27 (casi con 28 años).

## 2- LA INDEPENDENCIA Y LA BÚSQUEDA DE TRABAJO

Desde mi niñez siempre estuve conectada al campo y a todo lo que es el trabajo rural, además de que siempre me gustaron los animales y la tierra. El trabajo rural es “un ir y venir”, creo que lo llevo en la sangre. Mamá me decía, “Vos saliste igual que tu abuela”, porque a ella siempre le gustó andar con las gallinas y escarbando la tierra en la huerta.

Como yo que supe temprano de la quinta, las gallinas y los huevos, también lo que era ordeñar y una yerra.

Después de casarnos, en un primer momento nos fuimos a trabajar juntos a una estancia en Las Delicias, donde ya estaba trabajando mi esposo. De allí nos mudamos durante un año a otro campo del mismo patrón, en la zona del Saladero de Guaviyú, donde se ordeñaban a mano hasta 45 vacas y allí se hacía queso. Allí “nos moríamos de hambre”. Mi esposo estaba en el tambo y yo como cocinera de los peones, aunque igual me tocaba hacer de todo, lo mismo ordeñar que descornar terneros. Mis dedos pulgares, gigantes ahora, dan cuenta de ese tiempo de ordeñar a mano. Y todo ese tiempo sin estar ninguno de los dos en el Banco de Previsión Social (BPS), cosa que recién descubrimos hace poco, cuando mi esposo se fue a jubilar.

A finales de 1980 eran tiempos de dictadura y estábamos pasando mal en ese lugar. Aún no teníamos hijos, aunque seguramente ya estaba embarazada de la mayor de mis hijas cuando surge la idea de migrar para buscar un mejor futuro en Argentina. Mi esposo nunca había salido de Uruguay, pero yo lo entusiasmé. Estaba dispuesta a “romper cadenas”, salir de esa esclavitud y a buscar un futuro mejor. Se me ocurrió aprovechar que tenía parientes allá por parte de padre y madre, sobre todo mantenía contacto con un hermano de mi madre y su esposa, que se habían ido años atrás y estaban cerca, en San José, Entre Ríos. Yo tenía 19 años y aunque era menor de 21 años podía salir sola del país, con la libreta de matrimonio. Conseguí plata con papá, mamá y alguno de los hermanos para pagarme el boleto y sin decirles que iba sola llegué como pude a buscar a esos tíos, porque no había teléfono en aquel entonces. Un hermano me acompañó a la estación de AFE<sup>4</sup> a tomar el motocar de las seis de la mañana, para hacer el trayecto desde Quebracho a la ciudad de Paysandú. Ahí mismo tomé el ómnibus de COPAY hasta Colón. Luego tomé otro a San José, donde pregunté por mi tío. Di fácil con él en la cooperativa donde trabajaba y le consulté si nos apoyaban en caso de irnos a vivir y trabajar allá: “Traigan ropa y acá le damos todo”, me ofreció.

Así fue como resolvimos irnos a San José y vivimos tres años en Argentina. Mi esposo era entendido de mecánica y sabía manejar un compresor, por lo que al otro día consiguió trabajo en saneamiento. Yo conseguí trabajo con una señora que trabajaba en el Frigorífico Liebig, para cuidar a su niño de año y medio y ayudar a la abuela en la limpieza de la casa. Al poco tiempo, pudimos alquilar una casa en Colón y seguimos con los trabajos. Dejé de trabajar al llegar a los ocho meses de embarazo de mi primera hija, luego mi esposo consiguió trabajo también en Colón con una empresa de saneamiento. Me ayudó con los papeles que yo era descendiente de argentinos y también que

4) Administración de Ferrocarriles del Estado

nuestra primera hija nació en Colón. También tuve todos los beneficios porque a él lo pusieron enseguida “en caja”. Así fuimos armando la casa, porque de acá no pudimos llevarnos nada más que sábanas y algún acolchado. Me dediqué más que nada a lavar a mano; lavaba manteles a mano para un club, que blanqueaba al sol. Pero en ese entonces el clima era cada vez más horrible en Argentina a causa de la Guerra de las Malvinas<sup>5</sup>. Hasta que la empresa donde trabajaba mi esposo quedó con la obra parada por la misma guerra, nos resolvimos volvernos. Ya lo estábamos pensando porque veíamos que era “como un círculo que se iba cerrando”, teníamos vecinas que lloraban por sus hijos y cada vez conocíamos más gente que citaban, hasta temíamos que fueran a reclutar a mi esposo en cualquier momento. Entonces, nos volvimos un mes y medio después de que nació nuestra segunda hija (que se lleva dos años y medio con la primera), a “recomenzar” en Uruguay.

A finales de 1983 llegamos a la casa de mis padres, en Quebracho, con las dos nenas. Como me fui, volví, así “de una”. Lo que no pudimos empacar, lo regalamos a la gente que nos había ayudado. Apenas me traje las cunas desarmadas en el ómnibus y mis dos máquinas de tejer, pero dejamos muchas cosas. Mis padres muy contentos de que nos viniéramos, habíamos dejado todos los muebles al irnos y en seguida mi esposo entró a trabajar en una estancia, por la zona de Guaviyú, de tractorero. Pero nos quedamos allí apenas un año.

### 3- INSTALACIÓN DE LA FAMILIA EN BELLA UNIÓN

Mis padres vinieron antes que nosotros a trabajar y vivir en Bella Unión, en 1984. Al poco tiempo de volvernos a Quebracho desde Argentina, uno de mis hermanos vino con la noticia de que había mucho trabajo en Bella Unión. Le dijo a papá y uno de mis hermanos mayores, que había mucho trabajo por las plantaciones<sup>6</sup>, pero también trabajo de soldadores, para los caños de riego, y que se precisaban mecánicos (porque había muchas máquinas). Y como el de mecánico era uno de los oficios que tenía papá, se fue con otro hermano a probar suerte. Y luego de tres meses volvió a Quebracho y se llevó a mi mamá con los hijos más chicos...

Yo quedé en la casa familiar con algunas de mis hermanas y un hermano, que cuando no estaba trabajando afuera paraba en Quebracho. Nosotros teníamos dos niñas chiquitas, ¡la casa nos quedaba grande! Mi esposo seguía de tractorero y yo había puesto un kiosco-almacén en la

casa: así sobrevivíamos entre todos. Teníamos incluso un terreno pegado al de mis padres para hacernos una casita, que si bien empezamos nunca la terminamos, y alguna vez pensamos incluso destinarla a panteón para la familia. También nos habíamos anotado como aspirantes en el primer plan MEVIR<sup>7</sup> de viviendas (primero de cinco que actualmente hay en la villa). Pero al poco tiempo papá nos escribe (porque todo era por carta) y le dice a mi esposo que vaya a trabajar allá, que había “buen trabajo” en Bella Unión. Entonces, mi esposo pidió apartarse del trabajo donde estaba para ir a probar suerte a Bella Unión (lo que hizo en buenos términos) y desestimamos aquella aspiración al plan de MEVIR donde había que estar participando en la construcción de las viviendas.

Le fue bien al llegar, enseguida consiguió trabajo como tractorero y además le pagaban muy bien. Era “un platal” para nosotros, para lo que estábamos acostumbrados, lo que ganó en ese primer mes. Por eso al mes siguiente ya nos fuimos con las nenas a vivir a Bella Unión. Alquilamos un vagón de AFE para traer nuestras cosas en agosto de 1984, que, gracias a mi gestión, nos lo costó el patrón de mi esposo. Por otra parte, en Quebracho, la situación de mis hermanos quedó resuelta, una de mis hermanas quedó encargada a la familia de su futuro marido y otros también se mudaron con mis padres a Bella Unión.

Al llegar a Bella Unión, nos quedamos en el mismo lugar donde vivían mis padres, un caserón super grande que le prestaba el patrón de papá. Ni bien pudimos, nos fuimos por nuestra cuenta. Compramos un ranchito recién hecho en el barrio Las Piedras, por \$2800 pesos de aquella época. Hicimos los documentos en la Junta y todo, armamos una casilla prefabricada y alambramos el predio. El terreno no era nuestro, porque no era propiedad privada, pero si las mejoras que hicimos. En ese entonces el barrio estaba sin luz ni agua. Al principio para la casa teníamos farol a gas y para los cuartos lámparas de queroseno con tubo. Traíamos agua en tanques de 200 litros y también juntábamos de la lluvia. Ese primer año no teníamos agua corriente, por lo que no podía ofrecerme a lavar para afuera. Pero con nylon negro separado de la casilla, en seguida puse mi peluquería, y también al costado tenía mi máquina de tejer y de coser, porque cosía para afuera. Los pisos de hormigón habían sido una condición que le puse a mi marido, porque yo no quería vivir en la miseria con mis chiquilinas chicas, ni en ranchos de paja con piso de tierra. Por eso nosotros teníamos baño higiénico dentro de la casa. En ese momento el varón, que había nacido cuando vivíamos con mis padres, tenía cinco meses.

Viniendo de una familia tan numerosa, había pensado no tener más de tres hijos, lo teníamos hablado con mi esposo y estaba de acuerdo. Por eso, en esta primera

5) Guerra de las Malvinas: 2 de abril de 1982-14 de junio de 1982.

6) Entre los años 1982 y 1983 las cooperativas CALAGUA y CALNU formulan el Proyecto Integrado de Desarrollo Agroindustrial de CALAGUA que contaba con 5 subproyectos: riego para 3500 hectáreas (mitad de las tierras para producción de caña de azúcar y mitad para cultivos hortícolas), maquinaria agrícola, planta industrial para congelado de vegetales, planes anuales de producción y apoyo a la producción.

7) MEVIR es una persona pública no estatal, creada por Ley N.º 13.640 en 1967 con el objetivo de erradicar la vivienda insalubre del asalariado rural.

etapa tuvimos tres hijos, dos hijas mujeres y un varón, que se llevaban dos años entre cada uno. Incluso ya teníamos un hijo varón, pero tuvimos la desgracia de que, a los seis años, murió en un accidente con un camión. Y es como dicen, “uno nunca sabe”, porque se cumple aquello de que “uno propone y Dios dispone”. Pasados diez años, quedé embarazada de otro varón y a continuación, en un descuido, de otra mujer. Y luego, separadas cada cuatro años, también tuve dos hijas más. Así que hoy son seis, el varón y cinco mujeres en total.

#### 4- UN TRABAJO FORMAL: ASALARIADA RURAL EN GREEN FROZEN

Después que tuve todos mis hijos y ya viviendo en Bella Unión, comencé formalmente a trabajar como asalariada rural en la planta procesadora de Green Frozen en 1996<sup>8</sup>. Entré como zafra, porque comenzábamos con el brócoli en junio, pero el trabajo seguía luego hasta diciembre con

8) En 1991 se crea GREEN FROZEN S.A., un frigorífico de procesamiento de alimentos congelados, para la industrialización y comercialización de la producción de Bella Unión, que tiene a las cooperativas CALNU como accionista mayoritario (90 % de las acciones) y a CALAGUA como accionista minoritario (10 % de las acciones). En el periodo 1997-1998 GREEN FROZEN llega a tener 600 empleados, pero luego esa cifra desciende. Siempre con grandes picos en épocas de cosecha y un 70% de mano de obra femenina.

otras verduras. En diciembre nos “liquidaban” a todas, y luego quedábamos en el seguro<sup>9</sup>. Si bien estaba afiliada al sindicato, no militaba en ese entonces. Mi marido trabajaba como grapero en la caña y como camionero. Mi hija más chica era todavía bebé y aún así, tenía que amamantarla. Eso fue un problema, porque ella quería la teta y le costó acostumbrarse. Entonces, yo pedía para trabajar el turno de la noche, para poder dormir de mañana y de tarde poder atender mi peluquería, que nunca la dejé. Y así podíamos turnarnos con los horarios de mi marido, que se iba a las seis de la mañana, y no dejábamos solos a los gurises. Pero siempre, los más grandes aún estudiando, tenían que ayudar con los más chicos.

La dinámica desde que vine a Bella Unión y hasta que entré en Green Frozen (desde 1984 a 1996), había sido así: nos enterábamos de que “fulano de tal” iba a empezar a cosechar frutilla y precisaba 40 mujeres, y allí íbamos todas, las 40 mujeres. O de que otro iba a empezar a sacar chauchas y allí íbamos, todas de cosecha. En general teníamos 15 días de trabajo cada vez, y luego se terminaba. Changas que con mucha suerte alcanzaban a un mes

9) Régimen especial de subsidio por desempleo, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.



Quema del cultivo de caña de azúcar. Gentileza Agustín Juncal.

seguido, muchas veces en ese mismo período se paraba una semana en el medio, porque bajaba por algún motivo la producción, pero a la semana nos llamaban de vuelta, nos avisaban “Mañana seguimos con la cosecha”. Me atrevo a decir que la mayoría, o casi que el 100% de las asalariadas rurales de aquellos tiempos en los que hacíamos changas, no tenemos aportes en el BPS. ¡Cuántas mujeres que trabajaron una vida entera no figuran en ningún lado! y hoy por hoy también por eso no se pueden jubilar. Muchas son madres jefas de hogar trabajando afuera para ganarse unos pesitos y otras para “ayudar” a lo que trae a la casa el marido.

Había trabajado siempre, desde jovencita en Quebracho hasta ese momento, pero siempre fueron changas o trabajos puntuales, sin estar nunca en planilla ni tener aportes al BPS. Quiere decir que todos esos años, mi trabajo siempre fue mayormente “en negro”. Esto era igual para las demás mujeres, que hacían changas como yo, y trabajaban puntualmente en épocas de zafra. Soy un buen ejemplo de alguien que trabajaba desde antes de casarse y luego de casada, pero que no tengo aportes de esa época.

En mi caso la peluquería es lo que siempre me salvó. Yo les digo a mis hijos que nos ha dado de comer toda la vida, siempre fue nuestro pan de cada día, porque por suerte mis clientes nunca me abandonaron. Sobre todo, el corte de pelo. Aunque hacía otras cosas en la peluquería, con un corte de pelo yo tenía asegurado el pan y la leche y con otro, un kilo de carne que dividía en dos para cocinar. Y con esa changa era también que podía comprarles zapatos a los hijos para ayudarlos a estudiar.

Imposible pagar a una empleada, si tenía que pagar una niñera no compensaba lo que ganábamos en la chacra. La

más chica aún está en secundaria, pero las cuatro hijas mayores, todas terminaron bachillerato con este apoyo de mi peluquería. Eso sí, sobre todo porque los últimos hijos se llevan cuatro años entre ellos, los más grandes siempre tuvieron que ayudar a criar al más chico. Y siempre tuvieron que ayudar con las cosas de la casa.

## 5- LA MILITANCIA EN EL SINDICATO DE TRABAJADORES DE LA HORTICULTURA (STH)

La primera cosecha de chauchas en la que participé en Frutos del Norte<sup>10</sup> fue en 2010, nos fuimos a trabajar a esta empresa junto a mi marido. Era una empresa asociada a Green Frozen, pero en lugar de trabajar en la planta procesadora, el trabajo era en la chacra. El trabajo era a destajo, pero un trabajo prácticamente de todo el año, íbamos con las diferentes verduras desde abril hasta diciembre, y trabajé allí hasta que se fundió.

A mí nunca me gustó ver los defectos de la gente y como soy muy sociable, busco las cualidades de las personas. Quizás por eso, al segundo año que entré a trabajar, las compañeras de Frutos del Norte S.A., me invitaron a integrar el sindicato de la empresa, el Sindicato de Trabajadores de la Horticultura (STH). Yo no tenía formación, pero sí tenía la madurez y la experiencia, porque a lo largo de la vida, incluso trabajando de doméstica, fui aprendiendo a conocer y defender mis derechos. Lo primero que surgió en nuestro ámbito como trabajadoras, incluso antes de

10) En 2006 los problemas de endeudamiento de Green Frozen provocan la venta de esa industria a inversores argentinos, que se hacen cargo de la producción e industrialización de hortalizas congeladas en la planta pero que además manejan a la empresa Frutos del Norte, como empresa agrícola asociada.



Susan durante una cosecha de caña de azúcar.

entrar al sindicato, fue organizarnos para hacer un reclamo de botas de goma nuevas, para trabajar dentro del barro. Éramos 45 mujeres trabajando en la cuadrilla y nosotras pasábamos re-mal. Los representantes del sindicato eran varones y como iban en los tractores, no pasaban tan mal y no tenían reclamos. De abril a junio trasplantábamos y luego cosechábamos el brócoli, que empieza ret temprano; después pasábamos a la coliflor a principios de junio. Se ponía bravísimo el frío, pisábamos la escarcha temprano en la mañana y se nos empapaban los pies, había pocas botas y todas estaban rajadas porque eran las que se descartaban de la fábrica.

Entonces, me animé a hablar con el capataz desde mi vivencia como trabajadora, ni siquiera me presenté como miembro del sindicato. Pero le hablé firme y le pedí respuesta. Salió con que iba a consultar con el capataz general. Como pasaron los días y no nos dieron respuesta, les pedí apoyo y respaldo a las compañeras y me fui directamente yo a hablar con ese capataz general. Lo esperé parada de brazos cruzados hasta que me pudo atender. Le dije quién era y el problema que teníamos para trabajar dentro del agua, con botas viejas y rotas. Le dije: "Considero injusto que estemos trabajando con todas las compañeras en la cosecha de brócoli con los pies entre el agua" y le expliqué nuestro derecho a trabajar como gente y no como "bichos", con los pies en el barro, ni como esclavas. Le pedí botas para todas las compañeras mujeres, algunas porque tenían problemas de salud y para todas era bravo pasar ese frío cuando estaban menstruando. El no dijo nada, pero tomó nota del pedido y cuando el viernes fuimos a cobrar el destajo de lo trabajado en la semana, la sorpresa fue que cada una cobraba y al lado de la firma en la planilla cada una debía poner el número de bota de goma que precisaba. Estábamos todas felices y agradecidas. Les expliqué que ese logro no era mío, una persona sola no puede ir al frente si no tiene respaldo, el logro fue porque éramos unidas y todas dijeron que me iban a apoyar en la solicitud.

Así fue como un año después, cuando hicimos las elecciones en 2012, armamos una lista y me integré formalmente. Hacía cuatro años que teníamos este sindicato con presidente, secretario y tesorero, pero ellos no hacían nada en beneficio para los integrantes del sindicato a pesar de que a todos nos descontaban para la cuota gremial. Ellos siempre dispusieron de la plata que todos aportamos para su uso personal, nunca tuvieron un gesto pensando en los compañeros. Con otro compañero como presidente y yo como vicepresidenta, nos propusimos cambiar las autoridades, romper esa dinámica. Propusimos sacar esa gente del sindicato, nombrar otros compañeros, reservar una parte del fondo del sindicato para asuntos de negociación gremial (considerando los viajes que había que hacer a Montevideo cuando se negociaba algo con el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, por ejemplo) y dejar otra

parte del fondo para alguna actividad social colectiva, que se propuso como fiesta a final de año entre todos los compañeros.

Fue un logro que pudiéramos destituir a las autoridades anteriores y empezar a manejarnos de forma transparente. Hicimos entonces una fiesta de fin de año. Para eso hablé también entonces con el capataz general, que ya me tenía "entre ceja y ceja", porque hacía poco le había estado reclamando por el pago de la cosecha de las acelgas. Logré que autorizara al sindicato a hacer un asado en el establecimiento para festejar con todos los compañeros, que acordamos sería después de terminar la cosecha de la cebolla. Con esa autorización, nos hicimos responsables de que la fiesta saliera bien, pudimos usar el freezer del sindicato y tampoco hubo ningún problema con el alcohol. Nos hicimos responsables cada uno de lo que consumía y no hubo ningún problema. Era nuestra primera fiesta del sindicato y así lo seguimos todos los fines de año desde ese fin de año 2012. Nunca habíamos tenido éxito en un reclamo para ropa de trabajo, o una fiesta en el sindicato. Pero nosotros hicimos todo transparente, lo llevábamos todo anotado en un cuaderno.

Siento que en lo personal yo maduré como persona y como trabajadora. ¡Trabajé como loca! Ni yo pensé nunca que llegaría a trabajar tanto, de la forma que me exigí, hasta batir récord de marca de metros plantados en la chacra. Trabajaba "hasta no poder más", ya que nosotras trabajamos a destajo y cobramos por metro plantado, podía ser de brócoli, cebollín, zanahoria o la verdura que fuera. Con el cebollín en especial, era terrible el esfuerzo que había que hacer, quedaba seca de cansada, a veces solo me tiraba un rato al llegar y después abría la peluquería y trabajaba hasta las diez u once de la noche. Trabajaba mucho, y no solo en la chacra y en lo sindical, porque también en un tiempo tenía la cantina y llevaba las cosas para vender a los trabajadores, yo los anotaba y me pagaban con el adelanto de los viernes. Me quedaba a veces hasta las dos de la madrugada haciendo empanadas, después de terminar con la peluquería. También llevaba unas fundas de agua mineral o refrescos, que poníamos en el freezer del sindicato, y lo vendía también. Más lo hacía por compañerismo que por ganar nada, el asunto no era tanto lo que se ganaba, sino que había compañeras que no se podían llevar nada y sino la pasaban mal. Y con el frío se ponía bravo, algunas no sentían las manos, había compañeras con presión y otras que se descomponían o le bajaba la glucosa en la sangre. Es que teníamos que ser solidarios. El trabajo era tan bravo que hasta cruceras había en la chacra, y alguna vez mordieron a un compañero y tuve que intervenir. Yo tenía un curso de primeros auxilios y había aprendido mucha cosa con el Almanaque del Banco de Seguros<sup>11</sup> que había en

11) Publicación anual de distribución gratuita del Banco de Seguros del Estado. Es una de las publicaciones de mayor tiraje del país y de las fuentes más consultadas sobre temas de interés general.

mi casa. Sabía lo que había que hacer, lo tranquilizamos, ubicamos y enviamos la crucera en una bolsa, lo llevaron al hospital enseguida y todo se solucionó.

En síntesis, en esta época del sindicato hubo vivencias malas y vivencias buenas. También fue una época importante de formación sindical para mí, de capacitación para la negociación con la patronal, por mi participación en actividades de la Unión Nacional de Asalariados, Trabajadores Rurales y Afines (UNATRA)<sup>12</sup>. Porque la conciencia de clase te hace comprender que hay una línea invisible que separa la patronal de la clase trabajadora, que hay que aprender a defender nuestros derechos y decir las cosas, tampoco quedarse callados con lo primero que te ofrecen en la negociación sindical.

Cuando se veía venir el cierre mantuvimos reuniones, intentamos negociar con la empresa, los representantes de los ministerios y los políticos. Los malos negocios de los extranjeros que compraron la empresa y que se llevaron plata de Uruguay, terminaron provocando el cierre. En un principio hicimos movilizaciones, contamos con el apoyo del sindicato de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) durante los tres años de lucha que tuvimos.

Dentro de las movilizaciones en 2014 hicimos una marcha a Montevideo en dos ómnibus y también hicimos campamento frente al Palacio Legislativo con otros sindicatos. Yo fui una de las cinco mujeres que hicimos huelga de hambre. En ese entonces me tocó hacer huelga en una carpa, donde estuvimos cinco días ante el Palacio<sup>13</sup>. Fue difícil, pero logré soportarlo, teníamos el apoyo del Sindicato Médico del Uruguay y un control médico frecuente. Pero más allá de los apoyos sindicales, no logramos el apoyo político que buscábamos.

No tuvimos apoyo del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, no cobramos indemnización, ni despido, ni logramos cobrar lo que nos adeudaban. Dimos hasta el último suspiro por Green Frozen. Luchamos unidos los sindicatos de las dos empresas (Sindicato de Trabajadores de la Horticultura y de la empresa Green Frozen). Ocupamos la planta para que no la vendieran ni vendieran la mercadería y nos dejaran sin poder cobrar. Tratamos de trabajar por autogestión. Pero llegó el momento en que se remató todo.

Y para nosotros, ¡fue una pena tan grande cuando en 2015 se fundió Green Frozen! vivir el proceso, ver cómo se dejó echar a perder la mercadería acumulada cuando la UTE<sup>14</sup> cortó la luz a los dos años del conflicto y se dejó pudrir todo, ver cómo desarmó la fábrica. Triste ver cómo todo se “mal vendió”, en un remate<sup>15</sup>. Hicimos todo lo que

podimos, pero al final los empleados ni pudimos comprar nada, porque tampoco teníamos plata.

## 6- EL TRABAJO SINDICAL EN UTAA

A partir de la ocupación es que nos conocemos con los trabajadores de UTAA. Como quedé sin trabajo ni sindicato, ellos me invitan a participar como militante, quedando integrada a partir de entonces a UTAA. No sé si vieron el carisma que tengo, mi lucha por el trabajador o la insistencia por la igualdad de condiciones que tenía, pero en 2015 me invitan a participar como militante del sindicato. En ese momento me encontraba ya “integrada” al sindicalismo, educada como militante. Y aunque mi formación sindical hubiera sido en torno a la horticultura, lo cierto es que, a través de la UNATRA, como vicepresidenta del STH, había recorrido todo el país. Y así pude llegar a conocer a otras mujeres sindicalistas, como María Flores, con quienes luchamos juntas.

Fue así como, al renunciar como “fiscal de corte” de caña de azúcar otro compañero, se propuso mi nombre a ALUR para trabajar en el campo. La postulación tuvo el apoyo de ALUR no sólo por ser una compañera militante del sindicato, sino también porque era ex-trabajadora de Green Frozen de la cual en un momento ALUR formó parte. Desde ese momento quedé vinculada realmente a la caña.

Fui una de las primeras mujeres en hacerlo a nivel sindical. Lo primero fue interiorizarme bien del convenio colectivo. El poco conocimiento que tenía del cultivo era lo que me contaba mi esposo de su experiencia (aunque él andaba en las máquinas y no era cortador). Tampoco es que tuviera que aprender a hacer el trabajo, pero sí lo fui conociendo cada vez más con la militancia y con el ir recorriendo las chacras, hasta que llegó el momento que como quien dice, “le tomé el sabor” a la caña. Porque hay que supervisar y también atender reclamos con las liquidaciones mal hechas. Somos cuatro los que manejamos ese tema y a veces tenemos que citar a los patrones para resolver conflictos que pueda haber.

En las elecciones siguientes del UTAA me invitaron a participar en una de las listas. Y al ganar las elecciones seguí militando ya que fui votada como secretaria general del sindicato en 2018, primera vez en 57 años de UTAA que una mujer asume un cargo en la directiva. Más recientemente, también fui dos años Tesorera y participé de diversas gestiones del sindicato ante ALUR, por ejemplo, para conseguir canastas de fin de año.

## 7- UNA VIDA MILITANDO EN LAS ORGANIZACIONES

Mi vida ha sido una odisea, pero siempre he sido capaz de colaborar sin que me lo pidan. Mi padre, que era

12) Organizaciones sindicales Integrantes el PIT-CNT.

13) El 7 diciembre 2015 los trabajadores de Green Frozen y Frutos del Norte Bella instalaron campamento en Montevideo. Más de 40 personas acamparon junto a familiares y sus pequeños hijos e hijas.

14) Administración Nacional de Usinas y Trasmisiones Eléctricas (UTE)

15) La maquinaria y equipamiento de la planta Green Frozen fue rematada en diciembre de 2017.

antisindicalista, siempre dijo que yo desde chiquita era “revolucionaria”, pero en realidad yo saqué esa fuerza de luchar de él.

Pero además de la militancia sindical, siempre trabajé a nivel social, hubo algún momento que como tenía hijos en diferentes edades estaba simultáneamente en muchas comisiones: la comisión del jardín del CAIF, la comisión de fomento de la Escuela, ¡y en las comisiones de dos liceos diferentes! En todas nos ocupamos de hacer mejoras, arreglábamos las cortinas, hacíamos beneficios, tortas fritas, en fin, muchas cosas. A veces tenía tres o cuatro reuniones en el mismo día. Participé también de la comisión de barrio Las Piedras, hicimos pila por el barrio y logramos el salón comunal y la policlínica con consultorio con sala ginecológica. Hicimos campaña puerta a puerta, choripán y empanadas, todas esas cosas para conseguir terminar el local, trabajamos mucho por el barrio.

Y siempre me hacía tiempo para la militancia sindical, porque siento que pertenezco al sindicato, aun sabiendo que tenía otras cosas, en ese sentido recuerdo cuando venían las gurisas a decirme que tenía gente esperándome en la peluquería. Pienso en tantos viajes que hice con el sindicato, incluso para estar hasta 34 días en Montevideo. Aunque en general he podido quedarme con mi familia, también nos hemos tenido que quedar en la Federación o nos ha tocado a veces pasar mal o dormir arriba de los bancos, o estar acampados frente al Palacio Legislativo como pasó en 2015.

Mi esposo nunca se opuso a nada de mi militancia, todo lo contrario de mi padre. Él jamás me puso una traba. Yo logré estar donde llegué gracias a él, porque siempre me apoyó y nunca me reclamó que me quedara en casa, ni nada que se le parezca. Si él no me hubiera apoyado, si no fuera el tipo de persona que fue, yo no estaría ni cerca, ni en un sindicato, ni siquiera trabajando en la chacra, porque hay muchos maridos que celan de la mujer por machismo, y piensan: “Yo soy el que manda, yo soy el que trabaja; entonces vos tenés que estar en casa encerrada lavando platos”.

De todas formas, llegó un momento que empecé a ponerme límites por el gran desgaste de tanta militancia

social, ya que el tiempo extendido en las reuniones me hacía perder mucho de mi familia. Mis hijas me empezaron a hacer comentarios que me hicieron bajar un cambio, me acuerdo que me dijeron, “Ma, vos te vas y nunca sabemos cuándo volvés, ¿por qué no te llevás una mochila con ropa?”. Entonces propuse algunos cambios en el sindicato, empezamos a organizarnos mejor, a marcar reuniones con horarios de comienzo y finalización, a ser más respetuosos de cortar discusiones y definir lo que se pueda, en ciertos horarios, no hacer reuniones tan largas.

Les hice entender que tengo cosas que hacer en casa, tengo mi familia y no puedo quedarme cuando la reunión ya es una pérdida de tiempo: tiene que ser una reunión con una meta y sabiendo qué asunto hay que definir.

## 8- EPÍLOGO, DICIEMBRE DE 2023

### Para finalizar y destacar lo que ha sido parte de mi vida

Ya escrita esta nota, en mayo de 2022 mi esposo se enfermó y luego de muchos estudios, se le diagnostica un tumor maligno en el cerebelo. Tratamientos y cirugía no fueron suficientes para salvar su vida; luego de poco más de seis meses, falleció. Perdí no sólo un esposo, también un gran padre y tremendo compañero. Mi gran homenaje a Ángel R. González, con quien estuve casada 43 años y fue el padre de mis siete hijos. Siempre me apoyaba en mis militancias; incluso cuando él se enfermó y yo renuncié a UTAA, me decía que siguiera. Pero para mí su salud era lo más importante.

Pasó más de un año y nuevamente mis compañeros de trabajo me convocan para la participación sindical. La directiva estaba presentando problemas, no siendo representativa para “los peludos”, por lo que el 6 de octubre de 2023 se le pide su renuncia. Así, se realizaron nuevas elecciones y pasé a formar parte de la nueva directiva; en esta ocasión, como encargada de la secretaría de Género y Equidad.

Hoy sigo y seguiré porque lo llevo conmigo, porque la lucha continúa ¡Siempre!